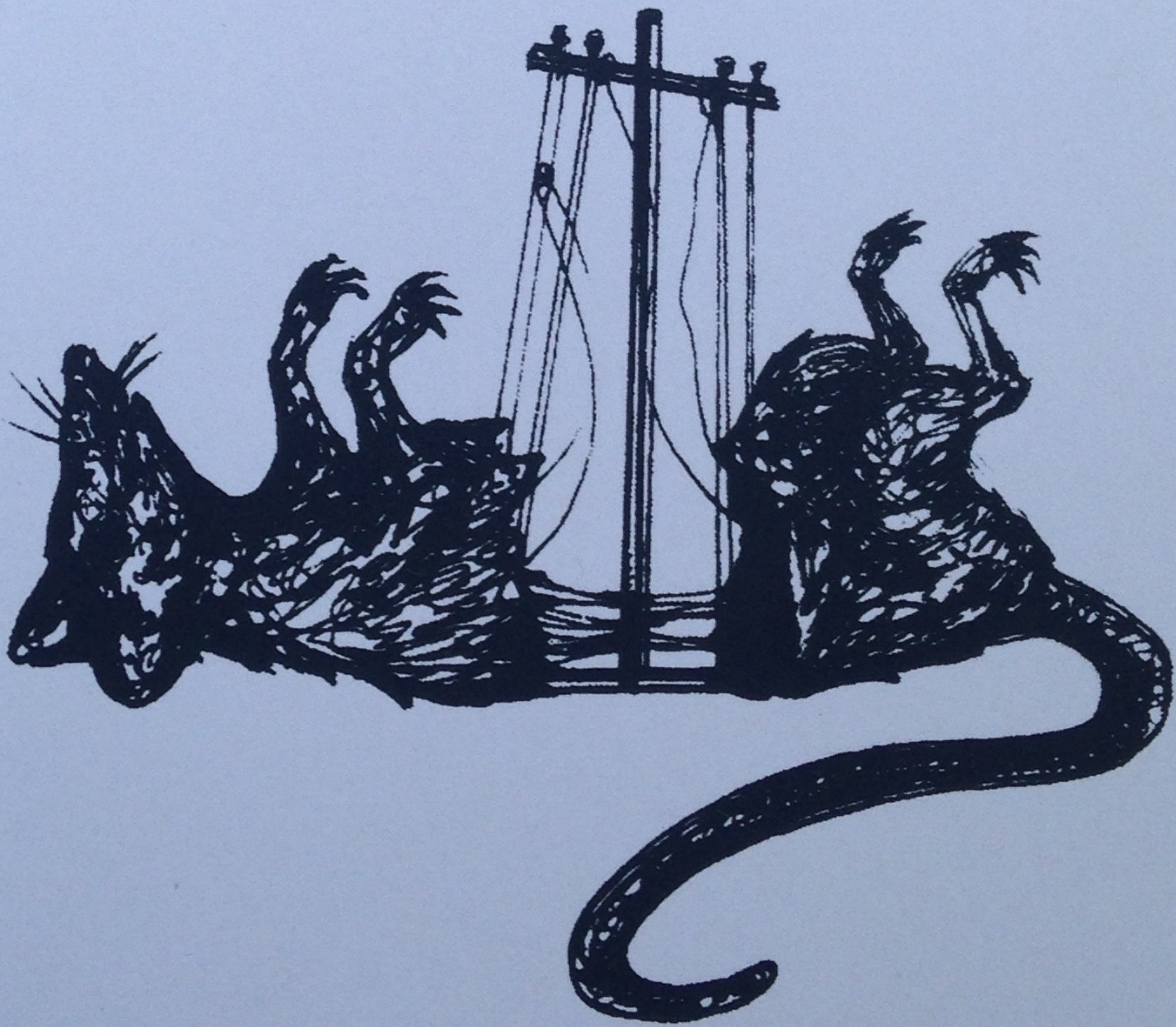


VULGATRÍA

David Álvarez



VULGATRÍA

David Álvarez



HERRING PUBLISHERS
MÉXICO

Herring Publishers México
© 2017 David Álvarez; VULGATRÍA

® Publicado en *Página 1 Antología de narradores y poetas en Querétaro*,
Revarena Ediciones & Fondo Editorial de Querétaro, 2016

Diseño de la colección: *Oliver Herring*
Ilustraciones: *Pixie Ocampo Ferrer*
Distribución: *Gold Rain*

Impreso en México

Non omnis moriar.
Horacio, Oda III.

*A mi padre, mi hermana Gabriela
y a Donna R. Oliveros.
“Nihil est qui nihil amat” (Plauto, El persa).*

Lo cotidiano es el olvido sigiloso. Como el suelo que sostiene los pasos, es ignorado al no demostrar mayor utilidad, aunque sin él sólo haya vacío. Jean Paul Sartre, en su versión de Antoine Ronquetin, escribirá un sábado a mediodía: “para que el suceso más trivial se convierta en aventura, es necesario y suficiente contarlos”. Está resuelto, escribir lo cotidiano es restituir significados, hazaña de quien, observando, eleva sobre los techos el más insulso de los actos. Lo cotidiano es olvido y también memoria, si se le pone, enfrente, un papel en blanco.*

El transporte público es ese espacio de soledades en multitud. Una paradoja. Jaime Romero está sentado hasta el fondo, en la hilera final de la ruta 110-X, con las piernas abiertas y la saliva escurriendo hasta el pantalón. Ruge en ocasiones y se mueve continuamente para el confort agregado al cansancio que deviene en sueño. La gente se apretuja hasta que los cuerpos se solidarizan, el chofer coloca a cada pasajero en dos hileras y pretende, por obra del lenguaje, abrir una tercera vía: “Sigan avanzando”, exclama mirando el retrovisor, mientras todos, amontonados, le encuentran espacio al espacio. A Romero poco le importa, él duerme a sus anchas mostrando su dentadura y la lengua cayendo cómodamente en su labio inferior. Es un tipo solitario, pero no cualquiera; no como nosotros; él hace valer el peso individual mientras duerme, con uniforme negro y una credencial colgada al cuello con su nombre escrito.*



Estamos hechos de ausencia, más que de historias. También somos lo que no pensamos, donde no nacimos, donde no existimos. Yo soy las ciudades que no visité, las mujeres que no besé, los libros que no leí, los caminos que no transité, las decisiones que no tomé. No estar en el mundo es, irónicamente, una manera de plantearse ante él.

Los espacios son asideros de la memoria, lugares de encuentro que resguardan en sus suelos, historias. Quizá, como expresó J. L. Borges, los sucesos sobre los escenarios son los artífices de la nostalgia, pero pienso que los actos sin espacio son mera incertidumbre. Cuando asomaba en el recuerdo, por ejemplo, aparecía sin contratiempos, puntual, justo ahí entre los vestigios de la urbe. La recordaba en el microbús, en callejones, avenidas, en la noche, en cigarros, en infancias... anécdotas, murales, ocasiones, azares, en su rostro, en un librero...

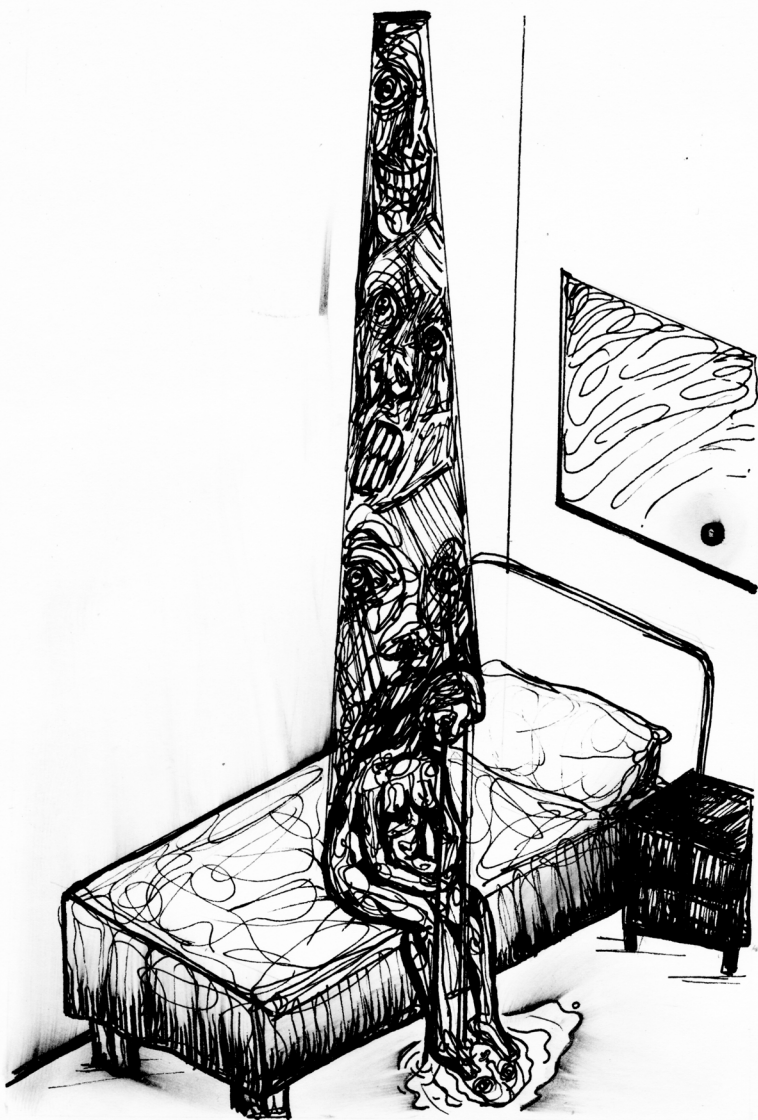
Las cantinas de la ciudad, larga lista de fantasmas, son recintos contradictorios donde la pesadumbre y la algarabía se conjuntan sobre el mismo piso. Dentro, confluyen cantidad de individuos, distintos todos, parecidos en su forma multitudinaria. Los hay alegres, que bailan al compás de una risa. Los hay violentos que, levantando el puño, con faramallona postura, transgreden la calma. Los hay silenciosos, con los brazos cruzados, mirando el suelo. Los hay perturbados que toman su rostro con las manos, rasgándola hasta soltar el llanto. Los hay enamorados, que cantan con desconsuelo o alegría, según el caso. Los hay con el alcohol en las venas que, arrumbados por doquier, son un recordatorio del mundo detrás de las paredes que los encierran. ®



Estamos hechos de ausencia, más que de historias. También somos lo que no pensamos, donde no nacimos, donde no existimos. Yo soy las ciudades que no visité, las mujeres que no besé, los libros que no leí, los caminos que no transité, las decisiones que no tomé. No estar en el mundo es, irónicamente, una manera de plantearse ante él.

¿Quién eres a las 11:22?, le pregunté aquel día, esperando saber con quién hablaba en ese instante. Un desastre, me respondió en resumen. Eres una persona muerta a las 11:23, rematé y el minuterero siguió avanzando; no era más que un simple recuerdo; dieron las 11:24 y el tiempo nos transforma. A las 11:57 todo ha muerto, nada existe, somos otros compartiendo el mismo espacio, con un cacho de memoria que nos vuelve a unir, para no abandonarnos.

Chica sin nombre es abusada sexualmente en las inmediaciones de la colonia Satélite, en el lado norte de la ciudad. Una noche cualquiera, de un lunes que procede al inicio de labores, en un baldío. El miércoles, en la noche, tomó el cuchillo e intentó quitarse la vida, cortando de forma horizontal las venas en las muñecas mientras lloraba inconsolable en el baño. Sus padres lograron detenerla, derribando la puerta hasta llamar a la ambulancia. Hoy, viernes, el alba antecede el amanecer. El mundo se mueve y no hay manera alguna de detenerlo. ®



diecisieste diecisieste diecisieste diecisieste diecisieste diecisieste diecisieste

Suelo, en ocasiones, medir en pasos las distancias. Ocho pasos son la medida de mi cuarto a la sala, 29 pasos de mi casa a la parada de autobús y cinco pasos para colocarme tras de ella. ¿Cuánto mide cada paso? En el año 790, Carlomagno reformó las unidades de medida en sus dominios, donde se deriva el sistema inglés de medición en yardas, pulgadas y pies, precedido de los vestigios de Gudea de Lagash, una estatua referente en la civilización sumeria. El equivalente a un paso dado es un pie, 30,48 cm, aproximados, según la regla establecida en la actualidad. Sin embargo, ¿cuánto mide cada paso? Un paso es un sentido, un azote de la planta del pie al suelo, equivalente a la aceleración vertical y descendente del campo gravitatorio, es un avance o retroceso, hacia todos o ningún lado. Un paso es un suspiro, un estar cerca, una distancia física transgredida por la posibilidad ficticia de imaginar el espacio al que lleva –o podría llevar–. Dos milenios y tantos siglos después, 152,4 centímetros son insuficientes para decir lo que implican cinco pasos para estar tras de ella.

El mundo perece a cada instante, resurgiendo constantemente. Lo no observable, muere, reconstruyéndose cuando la mirada vuelve. Si uno contempla la vida de frente, a espaldas se desvanece. Cómo saberlo de cierto y sin embargo transitamos con fe por la vida, sin cuestionarnos si la próxima ocasión que volteemos, esta olvide erigirse y quedemos suspendidos en la nada. Sospecho que eso le pasó a mi madre al mirar atrás más rápido de lo que el mundo pudo y quedó perdida, errante, en otro espacio que no es espacio. Tiene su tumba, pero no hay cuerpo para derramar al menos una lágrima.

A Don Cliserio Gaeta, Q. E. P. D.

Saliendo del jacal, justo en la línea que divide su interior del resto del mundo, Niño mira a Abuelito sobre el matorral. Cargado de leña, sostenida por una cuerda entre su frente y la espalda, con los pasos lentos y la piel marrón ondulada por los años, Abuelito alzó la mano para saludar a Niño, quien tenía entre sus manos una vasija con agua para saciar la sed a ocasión del sol y limpiar las impurezas que deja el sudor en el rostro. Abuelito sonrió, dejando entrever su pobre dentadura, con los ojos nostálgicos y un ligero lagrimeo atorado en el párpado. Pasos después, Abuelito cayó de frente y, luego de tres profundos suspiros, no volvió a levantarse. Niño corrió temeroso, gritando hasta llegar al cuerpo acaecido, mendigando cachitos de vida al cielo sin respuesta alguna.

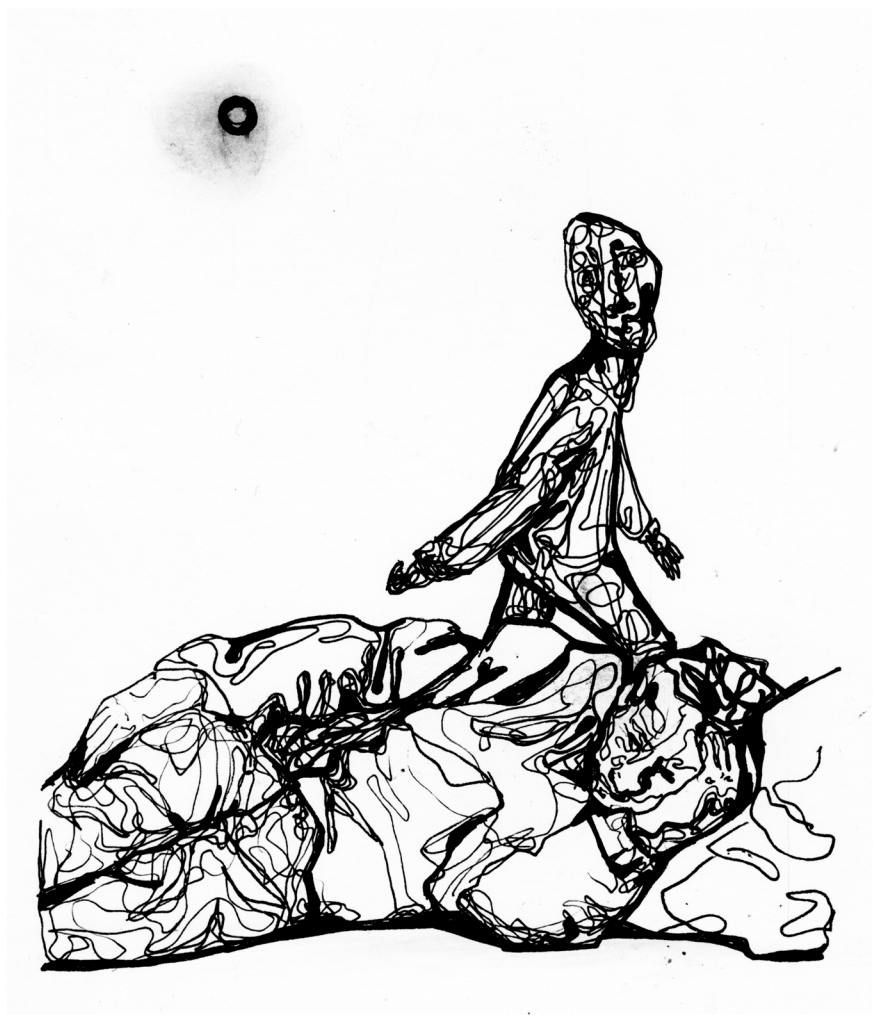


veintiuno veintiuno veintiuno veintiuno veintiuno veintiuno

Virgilio, de seis años de edad, calma la angustia de aquellos condenados. Se coloca frente a la iglesia, sentado con la mano estirada. La gente transita, lo mira y le otorgan un par de monedas. Sonríen al dar caridad; Dios atento les perdona las faltas. Hace tiempo que los mendigos le han robado a la iglesia el resguardo del alma, gracias a la misericordia de una limosna.

A las calles no salgo a perderme, sino a hacer “comunidad”. Conocí el “nosotros” en el tránsito por ciudades y lo apropié a mi lenguaje; ahora en mi vocabulario existe: “Nosotros los caídos”, “Nosotros los jodidos”, “Nosotros los angustiados”. La miseria también nos hermana.

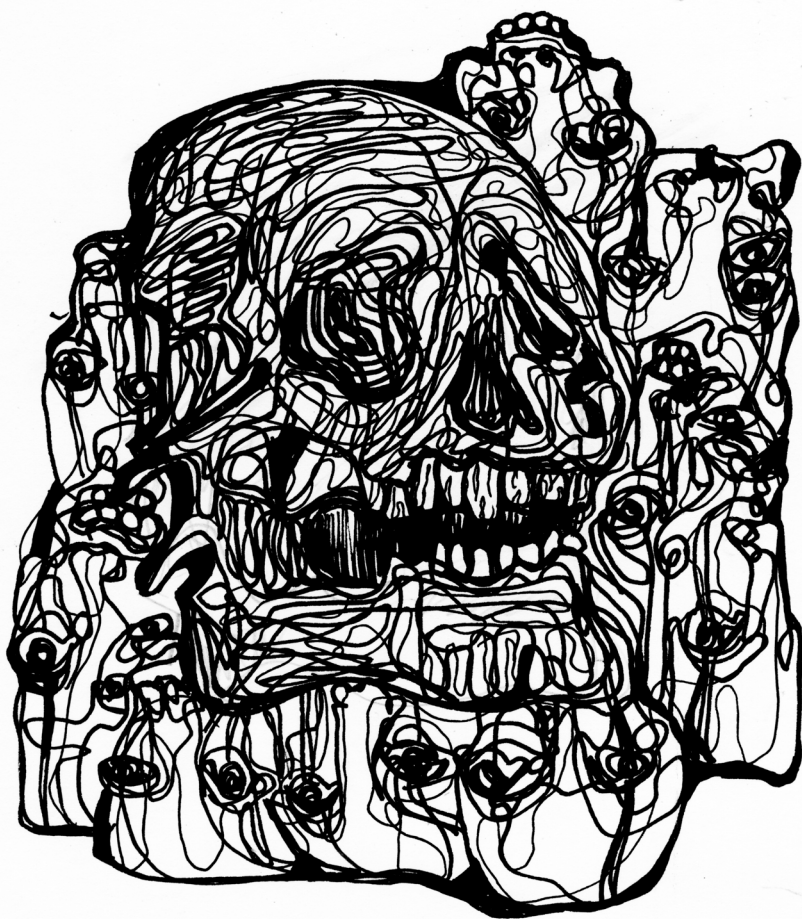
Un anciano yace en el suelo bajo el sol de mediodía, posando en la banqueta con ropas repletas de polvo, zapatos rotos, piel ennegrecida y una botella de Bacardí a su lado. Los transeúntes rodean al encontrarlo en su camino, no quieren mayor conflicto y respetan el acaparamiento de aquel que no alcanzó a llegar, no sin antes echar un vistazo con mirada curiosa, gesticulando con repudio. Apresuran el paso, ven en él la posibilidad que depara, no vaya a ser que, camino a su destino, se pierdan y terminen cuerdas adelante siendo víctimas del sol, estorbando en la banqueta.



Las filas son el drama de la vida moderna. La prueba de nuestra paciencia es un cúmulo de individuos en hilera esperando cualquier trámite, en el que nuestra fragilidad humana queda expuesta a la demora de un proceso en el que su miseria, radica en su inevitabilidad.

El paraíso es el resultado de una vida correcta, según los criterios de quien lo enuncia, cuyo valor recae en dos aspectos esenciales: la felicidad y la inmortalidad. Para A. Schopenhauer los actos, filosófico y artístico, surgen a partir de la conciencia en la muerte, misma que permite la valoración de los instantes, de cada día y noche. El paraíso no es más que una suerte de drama sin posibilidad de pensar ni de crear, entonces, ¿qué seremos sino entes insulsos condenados a la felicidad eterna? Hasta nuestras esperanzas contienen derrota, ¡qué mierda!

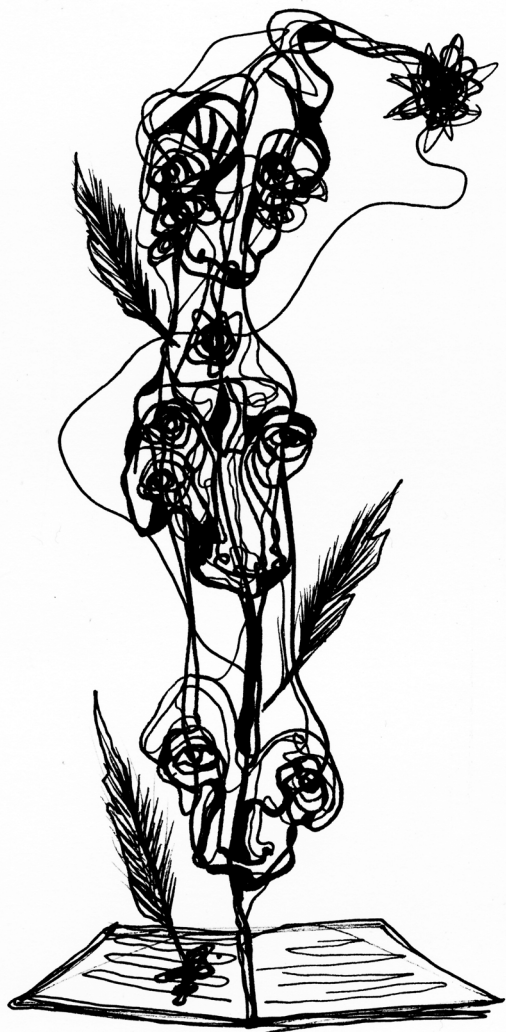
En los registros de la historia, hay asesinatos en el que la víctima es una figura pública, acontecimientos convertidos en actos simbólicos por lo que implican. Este hecho recibe el nombre de magnicidio. Bajo esta dinámica, en el que los contrarios se sujetan, como el silencio y el ruido, lo lleno y vacío, diariamente son asesinados, al menos durante el 2016 y en promedio, 660 personas, según los reportes del Sistema Nacional de Seguridad Pública. En el mismo año, cerca de 200 personas fueron llevadas a la fosa común, según los datos del departamento de Investigación del Instituto de Ciencias Forenses, víctimas de violencia. Parvucidio es el nombre que reciben aquellos muertos sin identidad, que nada dicen. No hace falta el diccionario para encontrar la definición. No estará. Una palabra incógnita que hace honor a su sentido, encuentra a sus afectados entre callejones, prostíbulos, cantinas, basureros, cerros, aventados en ríos, de los que nadie da cuenta. Anónimos en la vida, se perderán en la muerte con el rostro cubierto, siendo cadáveres sin memoria.



“Sólo usas a la gente para no sentirte vacío”, gritó, señalándome. La calle desierta, con apenas una farola alumbrando los pasos, fue testigo de una certeza. Le respondí que no tenía problema con ello, cualquier cosa, y la verdad es que, después de tal desastre, quedé ensimismado, caminando solitario hasta llegar a casa.

“Extraño” es una palabra que evoca tres significados. Te extraño desde el momento en el que tus brazos se desprenden de mí. Qué extraño es el camino, que al transitarlo todo evoca. Ese extraño sentado en el escalón del pórtico, rodeado de infantes, contando la historia de un tipo que, por mirar al cielo, cayó en un foso, iniciando así la primera pregunta en el mundo.

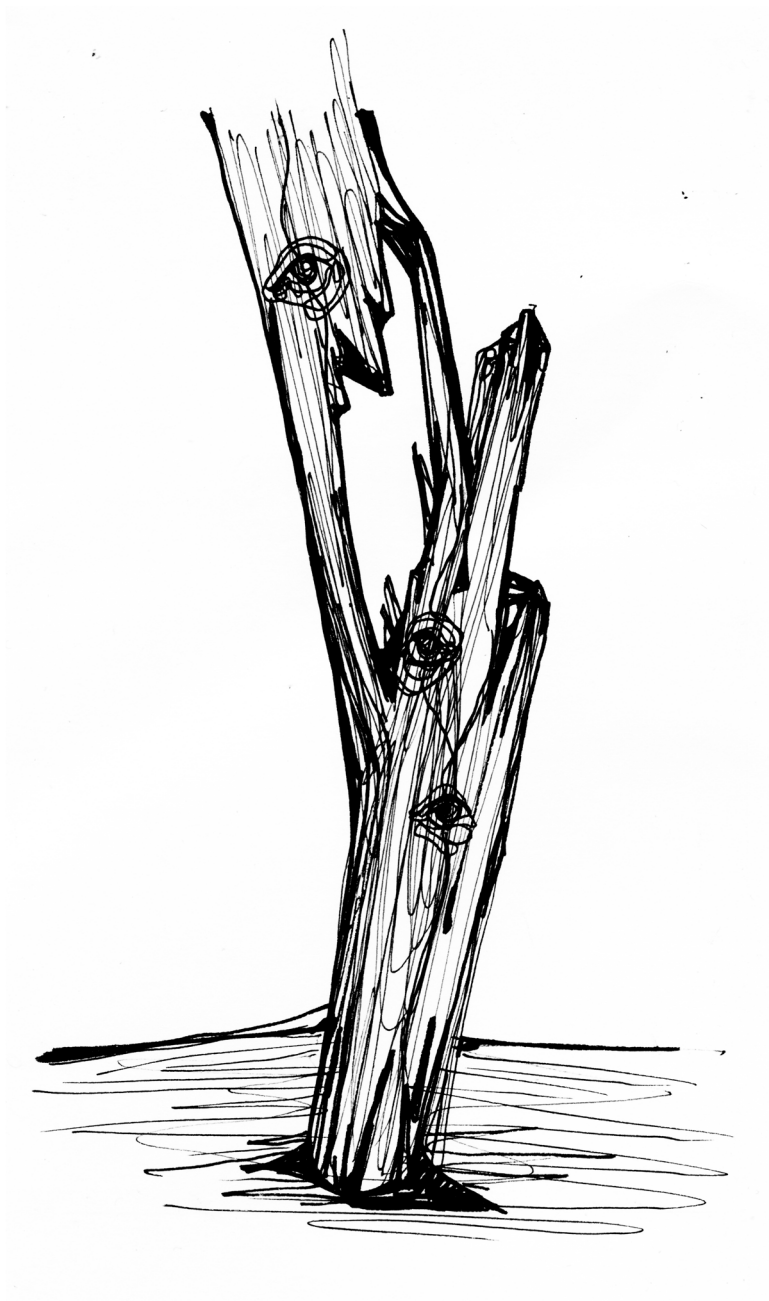
Lo infinito se llega a dar cuando un escritor escribe sobre la vida de un escritor que escribe sobre la vida de un escritor que escribe sobre la vida de un escritor que escribe... y así sucesivamente, hasta ser sólo abstracción.



Aún recuerdo una ocasión en la que, vagando, me reencontré con aquella casa verde de portón negro. Hace 12 años desde la última vez. Me detuve y tomé asiento en la banqueta, observando todo alrededor. Un suspiro salió con aires de añoranza y un trago de saliva posterior remató su acecho. Algunas risas, cierto llanto, una pena, un abrazo, nunca un beso. Me levanté, sacudí el polvo y continué mi camino. ¿Qué nos motiva a regresar al pasado?

La humillación es una forma de ser, en tanto ser. Ya recuerdo alzar la mano, esperando el autobús que se aproxima, mismo que, metros adelante, se estaciona. Casi a punto de llegar, el autobús avanza y me deja ahí, solitario con el mundo, mirando a esa máquina perderse en el horizonte de aquella avenida: ¡Hijo de su puta madre!, reclamo airado mientras el público, expectante, hace de mi deshonra, un espectáculo.

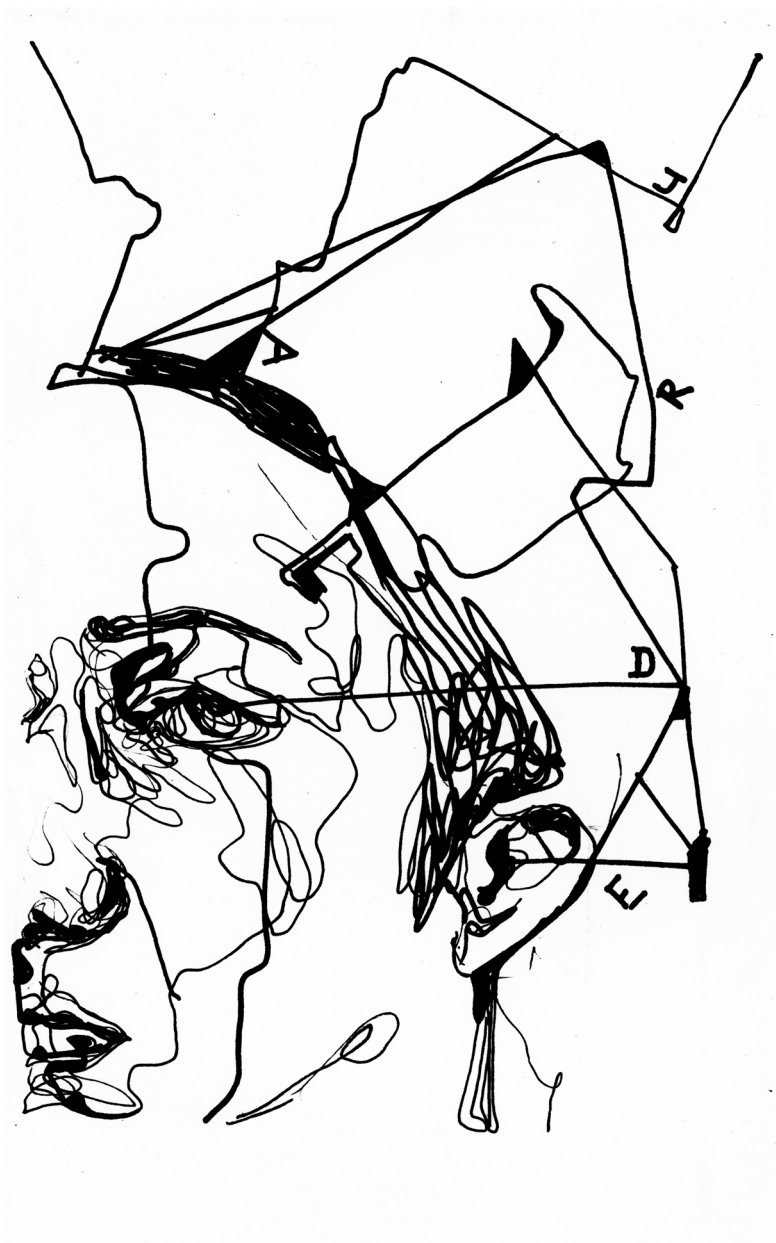
En el año 431, Constantinopla se convirtió en el epicentro de la adoración a María, madre de Dios, a partir del Concilio de Éfeso. Siglos después, en 1453, cayó víctima de los turcos, acontecimiento que, para algunos historiadores, marca el final de la Edad Media y el comienzo de la era Moderna. En las calles del barrio de Carrillo Puerto, por decir un espacio, hay una capilla, con la figura de María al centro repleta de veladoras. Hace días, por decir un tiempo, el único poste de luz cayó destrozando el oratorio. La gente, aterrada, auguró malos presagios sin darse cuenta de que, aquel poste, embestido incontables ocasiones por conductores ebrios, quedó astillado, desplomándose hasta convertirse en metáfora.



Para Parménides de Elea, el pensamiento lógico es la base esencial para alcanzar la verdad, del que habría que apartar a los mortales, que “nada saben y andan errantes”. La racionalidad metafísica de tal planteamiento atribuía a la razón, y no a la experiencia, tal primicia, con la que iniciaba una serie de postulados de las que resalta la separación entre nombre y cosa. La cosa –un objeto- no es el nombre, sino que se le otorga dicho nombre para aproximarnos a él, algo que, 20 siglos después, el suprematismo, corriente estilística, retomaría para acaso preguntarse si el envase de leche “¿es el símbolo de la leche?”. Un siglo después, encontramos la misma operación, donde parten manifestaciones en las que las palabras no son más que parámetros de medición para situar en el mundo a un montón de sujetos que no conocen nada, sino porque se nombra. Dentro del lenguaje, expresión de la razón, nuestra concepción de vida es sólo un mero atributo que sostiene a nuestra incertidumbre. Preguntarse por las grandes interrogantes del mundo, sólo agrega pesar al pensamiento pues, construyendo el lenguaje para nombrar, o sea, aproximarnos, hemos caído en un bucle del que probablemente no logremos escapar.

El presente es una concepción ficticia, inalcanzable a la conciencia humana. Benjamin Libet, neurólogo, descubrió que hay una separación de medio segundo entre lo que acontece y la capacidad de asimilarlo, lo que hace constatar que nuestra realidad perceptible no es más que un pasado constante, o, en esas luces heideggerianas, que el tiempo queda saturado en la experiencia humana. Agustín de Hipona escribirá “In te, anime meus, tempora metior” en sus Confesiones, que atribuye al tiempo un sentido interno. Hemos dado cuenta de una imposibilidad y una falsa concordancia.

Susana mira al espejo y no dice nada. No piensa nada. No contrae nada. Ella se mira de reojo, con la espalda en primer plano, el mundo detrás, o sea enfrente, y tampoco hay nada. ¿Qué se asume en la nada? Nada es algo, pues al pensarlo adquiere posición por no decir existencia. Nada alrededor es mera burla, lo que se ignora es el qué, hasta volverlo a nombrar. Susana mira al espejo de reojo con la espalda en primer plano, y detrás, o sea enfrente, el mundo sin nombrar. El espejo refleja, ella le llama piedra a lo que yace en el suelo y piedra existe; le llama polvo a la cubierta de las paredes y el polvo existe; le llama jarrón al objeto sobre una mesa y jarrón y mesa existen. Y nombra todo para no decir nada. Al pronunciar todo lo existente se ha olvidado de nombrarse y su imagen, inmanente interrupción, se abstrae y Susana perece. Ya no existe aquello llamado Susana, sino incertidumbre, casi nada.



El domingo es, quizá, el acontecimiento contemporáneo metáfora de la angustia. El mito del Sísifo, tal como lo plantea A. Camus, no es más que una suerte de realidad ensimismada que obtiene conciencia a partir del séptimo día. Entre las 18:00 y las 20:00 llega al paroxismo, el momento crítico en el que la tragedia urbana hace estragos el pensamiento; se sabe condenado, toma conciencia de su fragilidad y dos horas bastan para que el olvido paradójicamente se olvide. 20:01, la resignación llega, el mundo aguarda esperando la acabose que da vida a la rutina. La calma se aloja y es momento de disfrutar la última noche antes de padecer la constancia. La piedra está a punto de llegar a la cima, dan las 00:01 del lunes y cae.



VULGATRÍA

de *David Álvarez*

se terminó de imprimir

en abril de 2017

en Casa Herring.

Edición:

Oliver

H.

<https://herringpublishers.art.blog>



HERRING PUBLISHERS
MÉXICO